AMÉRICA: LA FUERZA DE LOS MITOS

POR FRANCISCO A. MARCOS-MARÍN

«España reinviertió en América muy buena parte del tesoro americano. Se dotó a América de una infraestructura moderna, con obra civil importantísima en la historia y se cambió totalmente el significado unitario, global, del continente. Eso es lo que hay que festejar el 12 de octubre»

En el bicentenario del inicio de las independencias americanas el interés por el 12 de octubre tiene que tener necesariamente otra dimensión. Ha transcurrido suficiente tiempo como para que no se pueda achacar todo lo malo del presente de los países americanos a los tiempos virreinales. Se puede también hacer un análisis ecuménico de qué es realidad y qué es invención en la historia recibida. Un joven y distinguido historiador español, Manuel Lucena Giraldo, desveló en mayo de 2010 en el diario ABC de Madrid la falsedad de afirmaciones que se han venido dando por buenas, como el dominio de la Inquisición y la falta de educación e impren- tas o el carácter malvado y avieso de los españoles, entre otras. Economistas como Earl J. Hamilton ya habían analizado, en 1929, la delicada cuestión de los metales preciosos americanos y Europa, aunque, sin duda impelido por el espíritu de su época, le costara acompañar su idea de la reinversión en América con la tradicional del expolio de los indios. Los datos de John Munro en 2003 y de los economistas que siguen sus enseñanzas deshacen todavía más la errónea idea del valor incalculable de la riqueza americana supuestamente ex- poliada.

Su descubrimiento por los occidentales y la conquista posterior reestructuración religiosa, política y económica del continente americano bajo la forma virreinal impli- có un cambio decisivo no sólo para América, sino para Europa y, en última instancia, el mundo en general. Pienso en que, por primera vez, quedaban demostradas ideas, como el carácter esforzado de la Tierra, que podían haber sido consideradas totalmente erróneas pocos años antes. Se transformó el mundo y se transformó también la manera de conocerlo y ordenarlo.

Los conquistadores y su entorno difun- dieron mitos como la existencia de hombres con cabeza de perro o de mujeres guer- reras como las amazonas clásicas. Toma- ron elementos de la novela de caballerías para buscar en la Florida la fuente de la eterna juventud o situar un reino mítico en Cali- fornia o los territorios del Noroeste. Todo ello era falso; pero no lo eran plantas extra-ñas y maravillosas que cambiaron la vida occidental, como el cañamo, la papa, el tomate y la yuca. La historia no puede rescribirse, si se quiere ser veraz, y no puede desvivirse, si se quiere ser auténtico. No se cambia con leyes, hay que estudiarla, senci- llamente.

Hoy está demostrado que la política lingüística americana de la Casa de Austria fue la de tolerancia lingüística y uso para la evangelización de las lenguas amerindias. Cuando llegó la independencia, el porcentaje de hablantes de español en las Indias no llegaba al 30 por ciento. Con el ideal de la ilustración, una lengua y una educación, los revolucionarios liberales impusieron una lengua común, la española, y realizaron en pocos años un proceso a veces completo de eliminación de lenguas indígenas. Otras, como siempre ocurre, habían desaparecido en el proceso histórico de las sucesivas conquistas e imperios, indios y españoles. Si se quiere hablar de «genocidio cultural» hay que dar su parte, grande, al período independen-iente. Ya se dijo al principio que doscientos años dan para mucho. No en vano la may- oría de los indígenas habían permanecido en el anonimato, y las Leyes de Reforma, como las de la Corona, no servían para proteger a los indios sus tierras comunales. Los araucanos de Chile, se dice Lucena Giraldo, pro- pusieron en 1813 «formar para la defensa del Rey una muralla de guerreros en cuyos fuertes pechos se embotarían las armas de los revolucionarios». A partir de 1820, las tropas de Bolívar encontraron la mayor re- sistencia entre los nativos del sur de Colom- bia y Ecuador. Son hechos.

Hablar de los excesos de una conquista y un cambio total de sistema y rascarse las vestiduras es tan inútil como si los españoles de hoy se presentasen ante el Parlamento italiano para pedirle cuentas de las cruel- dades romanas y la destrucción de las cultu- ras celta, ibérica o tartésia. Sería ridículo, Así, resulta sorprendente para los españo- les el interés obsesivo de muchos america- nos por degradar a los otros, en último térmi- no, son los antepasados de los americanos actuales, los suyos, y de los europeos. La conquista fue realizada por geógrafos con vocación de permanencia, que hicieron sus vidas en los nuevos territorios. Los de ida y vuelta no pasaron de algunos funcionarios guselatarios, que incluso volvían a Espa- ña para regresar a las Indias a la primera oportunidad. Los marinos, por supuesto, no pertenecían a la crema de la sociedad; pero, a diferencia de Australia, América no se pobló con presidarios y casería, sin embargo. Los aspirantes pertenecían a clases muy di- versas y muchos triunfaron en otras altitudes. El caso más llamativo es el de Miguel de Cervantes, el autor del Quijote, que pre- tendió repetidas veces venir a América, sin que le fuera concedido nunca el permiso. Si se lo hubieran dado, el ingenioso hidalgo habría querido ver el virreinato en México, Colombia o el Perú, con lo que ello implicaba, o, quizás, no hubiera escrito uno de los mitos y falsas ideas respecto a la conquista y el período virreinal exigiría un libro. Para terminar, como poderoso ca- ballo de batalla por geógrafos con voca- zar la cuestión del oro y la plata. La idea errónea es que el oro y la plata americanos fueron a parar a España y de ahí a los bau- queros de Italia, Holanda y Alemania, para pagar las deudas de las guerras de religión europeas. Lo que falta es, sencillamente la primera premisa: los metales llevados a Es- paña, con los métodos de minería de la épo- ca, no se podrían convertir en algún sentido en aquella cantidad. Naturalmente, de un argu- mento económico se esperan cifras. El tesor- ro enviado a España por los virreinatos y ca- pitanías generales entre 1530 y 1650 equiva- le a la extracción actual de plata durante 26 meses y de oro durante seis meses. Todo el oro y plata enviados a España desde la con- quista hasta 1810 se extrae actualmente en cuatro años de minería de plata y uno de oro.

Además, suponer que esas cantidades, pequeñas hoy, pero significativas en la eco- nomía de entonces, sirvieron exclusivamen- te a intereses europeos es otra idea sin funda- miento. España reinviertió en América muy buena parte del tesoro americanos; se crearon ciudades, muchas completamente nuevas, se mantuvo a arquitectos, técnicos, científicos y artistas, se fundaron impren- tas y universidades y se importaron bibliote- cas, además de ropas, instrumentos y otros objetos necesarios. Se dotó a América de una infraestructura moderna, con obra civil importantísima en la historia y se cam- bio totalmente el significado universal, glo- bal, del continente. Eso es lo que hay que festejar el 12 de octubre.

FRANCISCO A. MARCOS-MARÍN ES PROFESOR DE LENGUA ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD DE TEXAS